

# MOCHILAS GRADUADAS

*Que terminan de indigentes, que prefieren los parques a los museos, que son los artesanos que están botados por el Parque del Poblado o en el Centro, que son los malabaristas de los semáforos, que son más libres.*

Por: **Andrea Mercado y Manuela Granada**

Estas son las definiciones que la gente, a la que confundimos con mochileros por su forma holgada de vestir y por su forma de apropiarse del parque, nos dio aquel mediodía de un lunes en Carlos E. Restrepo sobre aquellos que viajan con lo necesario sobre sus hombros.

Pero los mochileros son mucho más que la imagen de los *hippies* sin rumbo que solo fuman marihuana mientras hacen pulseras sobre una tela en la mitad de un andén. Es gente muy decidida que si se propone trabajar y no gastar su dinero por cualquier cantidad de tiempo, lo hace. Así es como logran viajar y recorrerse medio mundo y experimentarlo sin un horario fijo y sin itinerarios, haciendo caso omiso a todo, menos a su curiosidad; casi que a ciegas, pero con los ojos muy abiertos.

\*\*\*

Los mochileros son una comunidad y, por lo tanto, tienen muchos canales de comunicación entre ellos, así no se conozcan. Desde páginas en Facebook como *Mochileros*, *Mochileros-Colombia*, *Mochileros-Argentina*, *Mochileros-* (cualquier país de Suramérica) y *Viajar por el mundo*; hasta aplicaciones como *Couchsurfing*, *Worldpackers*, *Go euro* y *Blabla car*. Estas, respectivamente sirven para: el intercambio de alojamiento gratis en casas de anfitriones, el soporte de ayuda de dudas y situaciones de los mochileros, la información sobre viajes en cualquier medio de transporte y el intercambio de transporte por parte de una persona que coincida con el destino.

Así encontramos a **Laura Rocío Furiolo**, o "**Rochi**", como aparece en Facebook; una argentina que estaba recién llegada a Medellín y buscaba un hostel barato por *Mochileros-Colombia*. La gente no tardó en contestarle: que se quedara en Palm Street Hostel, en Casa Jaguar, en El Poblado, en la 70; en fin, en menos de una hora ya tenía opciones y un mensaje.

*El mensaje era nuestro. La invitábamos a un café para que nos contara cómo es viajar solo con una mochila al hombro; y después de pensar “Dios, que conteste, por favor; no pensará que somos asesinas o unas locas que quieren contactarla para hacerle algo malo”, dimos clic en enviar.*

\* \* \*

“Yo tomé la decisión de ser libre”, esta es la consigna de **Susana Silva**, la respuesta que sale de su boca con orgullo cuando le preguntamos sobre su forma de vida tan peculiar.

Susana tiene 25 años y, como Rochi, es Argentina. Su altura es prominente y su estructura ósea se perfila desde sus clavículas marcadas, hasta sus tobillos, algo hinchados de tanto caminar, que sobresalen al terminar el largo de su falda.

– ¿Usted se considera mochilera?

Le preguntamos forzando la voz, en medio del ruido que en el Parque de Las Luces, a las cinco de la tarde, nos ahogaba a todas.

–*Backpacker*, querrás decir.

Responde ella.

–Aquí en Colombia se les dice mochileros, yo nunca me podré acostumbrar –continúa con un acento argentino aún fresco.

Son las 5:30 de la tarde y hace un calor casi insoportable; Susana carga, aparte de su mochila, una caja mediana con una inscripción que cita: “Alfajores a 600”. Solo le quedan dos en la caja.

–Aquí se venden muy bien.

Dice mientras vende el penúltimo alfajor.

–En La Guajira era más difícil.

Dependiendo de un sustento inicial de 500 dólares y de la venta de alfajores caseros que ella hace en los hostales donde se hospeda, Susana ha viajado por tierra desde Argentina, pasando por Paraguay, Bolivia, Perú, Ecuador y ahora Colombia.

Del sustento inicial ya no le queda casi nada, por eso sus ingresos para cubrir las necesidades básicas salen principalmente de los alfajores y de algunas manillas que fabrica. Su paso por Medellín es transitorio, quería venir solo a visitar el Centro pues su historia la impacta y solo se tomó dos días para verlo.

–Vine a Colombia sobre todo por su parte costera. He estado en La Guajira, Santa Marta, Cartagena y otras partes del norte del país.

Comenta ella cuando le preguntamos sobre el porqué de su visita.

Nos despedimos rápidamente de ella, pues, así como la encontramos por casualidad, ella siguió su paso, tímida, preguntándonos por un lugar donde comprar guarapo.

\* \* \*

Quizás son sus playas, o sus nevados, la gente o la ciudad amurallada, quién sabe. Lo cierto es que, según el Ministerio de Industria, Comercio y Turismo, en llegada de viajeros extranjeros, Colombia se encuentra muy por encima del promedio de los otros países del continente. Indicadores de Turismo Interno, señalan que hasta principio de año, han sido 8.224.556 el número de pasajeros internacionales que han conocido el país por medio de terminales de transporte. Esto es más o menos, el número de habitantes de Medellín multiplicado por 3 viajando en buses.

Y así, comprando *tickets* por tierra, es como conoció Colombia, **Mateo, un francés** que en dos meses conoció el Caribe, La Guajira, Bogotá, Mompox, Popayán, Cartagena, Cali, San Félix y Medellín.

*– ¿Quieres que te dé el secreto para viajar barato? Habla con argentinos.*

*Dijo él con su romántico acento, pero en un castellano perfecto.*

*– ¿Con argentinos?*

*–Sí. Ellos se conocen muy bien el continente y siempre están vendiendo cosas por ahí.*

*Ellos saben de hoteles baratos y restaurantes de no más de tres mil pesos.*

El francés, que horas antes había llegado a Medellín de San Félix, se iría esa misma noche a Bogotá por 50.000 pesos en un bus (transporte que usó todo el tiempo para ir de ciudad en ciudad), para, al día siguiente, agarrar el primer vuelo a su país natal. Sus vacaciones estaban llegando a su final.

Se encontraba en el Parque de los Deseos, sentado en un muro con su mochila verde oscura al lado, para poder ver un concierto sinfónico que tenía lugar al aire libre y bajo la lluvia. Nada parecía molestarlo: ni las gotas que poco a poco caían sobre su cara, ni el olor a fritura que inundaba el sitio que había elegido para ver la orquesta. Estaba solo entre la multitud y posiblemente también entre Rochi, quien nos había contestado el mensaje de Facebook, prometiendo varios encuentros fallidos y que pretendía que, ese martes en la tarde, la encontráramos en la Universidad de Antioquia mediante estas pistas: "Estoy de *short* negro y franela blanca".

Mateo, un rubio de pelo lisísimo y corto, con una barbilla que no tiene ni un vello, de nariz perfecta y ojos claros, parecía más un Ken playero que un *hippie* sin rumbo fijo.

–Cuando te refieres a mochileros, ¿te refieres a gente sin plata que aguanta hambre por viajar?

Preguntó él mirándonos con suspicacia y rompiendo el hielo, lo que nos permitió contestarle que eso era precisamente lo que queríamos saber.

La respuesta dibujó una sonrisa de dientes pequeños entre labios delgados en su cara, y nos dijo, mirándonos fijamente (como lo haría durante todo el tiempo que hablamos) que en el país de Edith Piaf es maestro de niños pequeños, y que ahorró tres años para poder viajar durante uno.

–En Francia sigo teniendo mi empleo, solo que no me pagan nada este año sabático. Pero les conviene y a mí también: a ellos porque se ahorran un sueldo, y a mí porque al regresar, sigo teniendo mi puesto.

Un mochilero no es un turista: es un viajero. Y para diferenciar estos conceptos, Memo Ángel (el mismo que da clase en la Universidad Pontificia Bolivariana, que es escritor y orgullosamente judío), escribió una explicación muy acertada en su libro 'Del viajero en la bolsa de viaje': *"El turista es un coleccionista de billetes de tren, postales de hotel y de uno que otro recuerdo que nunca supo de dónde llegó (...) Viajar en cambio es moverse sobre la tierra, como cualquier bicho, aprovechando el camino. Y en este andar, sentirse de alguna manera libre porque no hay un objetivo al cual llegar sino el azar de los encuentros"*.

Eso es justamente lo que hace Mateo: viajar. Eligió Colombia porque le daba curiosidad el país y porque sus padres habían vivido ya aquí. Detalle que le facilitó el acceso a información sobre qué sitios y ciudades valía la pena visitar y cuáles no tanto. Y con tres años ahorrados en la billetera, en dos meses conoció lo que nosotras, que somos colombianas, no conocemos todavía.

–No sé decirles con cuánto dinero pueden viajar, porque eso depende de cómo quieran viajar. Yo, por ejemplo, dormí en hostales de 15.000 pesos en ciudades muy turísticas como Cartagena, y comí buenos almuerzos por 3.000. Para irme de un lugar a otro lo hice por medio de buses o por Viva Colombia (pues no sabía que eran tan baratos los pasajes). Así alargué el dinero para poder conocer mucho.

\* \* \*

Pero hay quienes lo alargan más, pues, como sacados de un mito, están los que de verdad viajan, como en las películas, parando camiones en la mitad de la calle con el pulgar arriba, o "a dedo", como dirían los argentinos. Sí, señores: existen.

–Hacer dedo acá es difícil, pero va bien, va bien.

Confiesa Rochi, mientras arranca una hierba, parecida al trigo, del pasto.

Fue toda una odisea encontrarla. Después de varios días con respuestas efímeras y pocas pistas para ubicarla, después del concierto, la noche de ese martes vino con una notificación de Facebook incluida:

"¡Hola, Perdón! estuve en el parque, ahí por la estación de la Universidad. Yo pensé que en la Universidad de Antioquia era lo de la sinfónica. Malísimo. Como no tengo celular tampoco podía avisar que estaba en el parque de al lado y no sabía ni el nombre del lugar ese. Pero estuve ahí en el parque desde las 4 hasta que terminó el concierto".

"Estuvimos tan cerca", pensamos. No importa, lo intentaríamos de nuevo. Esta vez, Rochi proponía, como excusa para conocer el Estadio, ir hasta allá al día siguiente, llamarnos de un minuterero y concretar la entrevista. "Seguro". Respondimos.

El miércoles, a las 2:30 de la tarde, recibiríamos otro mensaje; esta vez sin pistas sobre vestimenta, únicamente una hora: las 3:30, y un lugar: la entrada del Jardín Botánico.

Corrimos: un taxi a la estación de metro más cercana, luego un *ticket* hasta la estación Universidad. Y, finalmente, una mirada al reloj. Estábamos a tiempo y saliendo del metro.

–Yo tengo que comenzar a entender que la gente tiene una vida.

Diría Rochi después, apenada pero riéndose, sobre la travesía que nos hizo vivir.

Es alta, blanquísima y con los brazos tatuados; de ojos entre azules y grises y de pelo oscuro trenzado en dos. Es de Buenos Aires y va acompañada de Diego, un argentino más bajo que ella, trigüeño y barbado, que conoció dos atrás semanas en Salento y con el que ahora comparte habitación en un motel del Centro. Ambos venden “panecitos” en una caja con dos letreros que tienen el nombre de su producto, tanto en “argentino” como en “colombiano”: *magdalenas* para sus connacionales; y *ponqués* para nosotros.

–Nos va rebién vendiendo. Cuestan 1.500 pesos, pero también vale colaboración. La plata que ganamos es para poder comer, pero cuando no se vende el trueque va muy bien: si vemos a alguien vendiendo arepas decimos: “¿qué tal un *ponqué* por una arepa?”

Pero no son tan *hippies* como parecen. Rochi se graduó en el 2012 como publicista y Diego, como ingeniero agrónomo. Ella ahorró 800 dólares en un año para viajar, y el otro 500.

–Comencé por Mendoza, luego fui por Chile, encaré para Bolivia donde conocí a una española y ahí fue donde comenzamos a viajar a dedo. Ya ahí, tenía como 500 dólares, pero también iba haciendo trabajos *freelance*, entonces ahorraba al mismo tiempo que viajaba; estaba bueno.

Dice Rochi, luego de brindarnos un poco del mate que Diego llevaba preparando desde que nos sentamos en cualquier parte del Jardín Botánico y que acompañaba al pastel de guayaba que estábamos comiendo a modo de picnic.

–Y una vez llegan a la ciudad, ¿cómo buscan el hospedaje?

–Si llego sola soy mucho más organizada. Me organizo en el sentido en el que como no sé a dónde voy a ir o si será peligroso, hago *couchsurfing* y hablo con la gente de ahí para saber a dónde puedo llegar. En cambio, en grupo, vamos a tal ciudad, y solo cuando recién llegamos es cuando nos encargamos de buscar el hospedaje. Cuando voy sola, no: voy con todo arreglado por cuestiones de seguridad.

\* \* \*

Y como la seguridad es importante, las primeras veces que se viaja solo, el uso de aplicaciones es, más bien, extraño. Érica Alvarado, una joven mexicana oriunda de Jalisco y graduada en el 2011 en Mercadotecnia, es una mochilera casi profesional, que en 2013 realizó su primer viaje buscando hospedaje de la manera más tradicional: contactando a algunos familiares que tenía en el lugar de destino, es decir, Estados Unidos.

No obstante, días antes de que Érica tomara su vuelo, llegó una oportunidad que le permitiría viajar sola y desprenderse de toda persona conocida. Después de pasar todos los trámites, las entrevistas

y los papeleos, iba a trabajar como niñera, por medio de una agencia de intercambio, que ofrecía un contrato por un año para esta labor, con una familia interesada y de buenos recursos económicos.

Llegó a California, primera parada de las muchas que haría en el futuro. No era una mochilera aún, pero lo sería, gracias a ese trabajo. Lo que ganó en seis meses lo usó para pagar una deuda que tenía con la universidad y el resto de tiempo lo usó para ahorrar y para visitar algunos lugares del país como Arizona, Las Vegas, Los Ángeles, Hawái y algunos parques nacionales.

Le estaba yendo tan bien económicamente y la familia en donde trabajaba estaba tan a gusto con su presencia, que le ofrecieron otro año de contrato.

**Érica aceptó y en esos casi dos años de ahorros libres, se hizo con un presupuesto de nueve mil dólares que le alcanzaría para recorrer 19 países de Europa y 5 ciudades de Colombia. A partir de ese momento: ¡Bienvenidas las aplicaciones!**

\* \* \*

Por detalles como estos, los viajes salen baratos. Fue por esas herramientas y por voluntariados que Rochi se ahorró muchos hostales, pues nunca le faltó alguien que le ofreciera una casa para su estadía en ciudades a las que llegó "a dedo" como Pasto o Popayán.

– ¿Quiénes te hacían el favor para llevarte de un sitio a otro?

–Siempre te levantan camionetas o carros particulares, en camión solo viajé cuando fui a Pereira, iba parada y agarrada de unos tubos atrás, pero fue bien. Luego de eso, conocí a Diego en Salento y nos vinimos en bus a Medellín.

Dice mirando a su compañero de viaje, sonriéndole y arreglándose el vestido de flores para que no la pique mucho el pasto.

– ¿Y les cobran?

–Se va y se arregla. La mayoría de veces no te cobran nada.

Responde Diego, que se encuentra acostado a mi lado arrancando hierba, mientras Rochi confirma que a ella nunca le han cobrado nada.

Sin embargo, el precio para viajar, a la hora de la verdad, no ha sido tan bajo. Sobre todo si se es mujer, como Rochi.

–Tenés que lidiar con el machismo. Al momento de hacer dedo, muchas veces está el tipo que te levanta y te pregunta "¿viajás sola?", "¿no te da miedo?"; y uno piensa "cállate, boludo", porque esas preguntas te dan miedo. Y no solo eso, tengo amigas que han sido víctimas de manoseos, maltratos, abusos sexuales, a full... Yo misma fui víctima en febrero del año pasado en Chile. Eso pasa mucho, nada más que, bueno... lo superás.

Menos traumáticas son otras dificultades de las que el más libre de los viajeros nunca está exento. Está el caso de Diego a quien, por ejemplo, lo estafaron en Bolivia vendiéndole cualquier cosa haciéndole creer que era marihuana; o el de Érica, a quien a pesar de llevar un buen dinero, su viaje incluyó muchos acontecimientos que para ella no fueron preocupantes. Cuando, por ejemplo, le preguntamos sobre este tipo de experiencias ella se quedó pensativa y no respondió. Entonces le preguntamos por dificultades como atracos, quedarse sin comida, sin donde dormir; ella soltó una pequeña carcajada y contestó:

–Bueno sí, de eso sí pasaron muchas cosas, pero no estuvo tan mal, era lo más divertido.

Un intento fallido del robo de su herramienta más importante –su celular–; que casi no la dejaran entrar a Londres pues su itinerario no estaba estructurado, viajar de noche para poder dormir en el camino y ahorrarse plata y tiempo, tener que haber pasado varias noches durmiendo en un cuarto de maletas y tener un presupuesto diario que no podía sobrepasar y la obligaba a comer sánduches y McDonald’s todos los días, fueron dificultades que Érica padeció, aunque no reconoce como tales. –El contraste de tener un buen presupuesto, pero de tener que cuidarlo para alcanzar a recorrer todo, es lo emocionante del viaje –comentó ella.

Los lujos que se daba eran las frutas, el momento de impotencia más grande era ver comida y no poder acceder a ella y tenerse que conformar con el eterno sánduche y la hamburguesa. Cuando el hambre era grande se dormía para mitigarla y la peor noticia del mes era cuando llegaba esa ‘visita’ perteneciente al sistema reproductor femenino, pues las toallas higiénicas y productos de aseo, los llevaba contados.

Por otra parte, están los por menores que tienen que ver con cosas que puede que no gusten, pero que no pueden cambiar porque son propias del lugar. Por ejemplo, Diego, que ama Colombia porque la gente es más abierta que en el sur, extraña la sazón de su tierra y, como a Rochi, se le hace extraño que aquí se coma el mango biche con sal, limón y pimienta; o que al perro caliente se le ponga salsa de piña. Las palabras también los han sorprendido y mucho más los significados que toman cuando se cambia de frontera.

A Érica le pasó lo mismo, por lo que nos dejó un diccionario con palabras paisas que se alejaron mucho de los significados de la tierra del tequila:

“*Verraco*: para nosotros, dependiendo el contexto sería decir alguien que es ‘un duro para algo’. *Amañado*, es alguien que se acostumbra. *Pichar* es invitar algo. *Coger*... Jamás en México se dice eso, ¡¡ajaja! Nosotros decimos agarrar o tomar. Ustedes no responden con un ‘mandé’, cada que

les preguntan o hablan, sino que responden con un 'sí señora'. *Chévere*, para nosotros sería padre o chido, igual *bacano*: nosotros diríamos poca madre (...)"

Pero viajar es eso: chocarse con cosas inesperadas y con culturas diferentes. Y justamente son esos estrellones los que hacen que, a pesar de las dificultades, estos viajeros siempre quieran ponerse una vez más su mochila sobre los hombros y levantar sus pulgares para que los "levanten", o en otros casos, para pasar largas horas en buses mirando los paisajes que están entre sus destinos.

*Es por la experiencia de dejarse sorprender, por los sitios que se van apareciendo dentro de un itinerario que es armado por la curiosidad, que Diego, no se devolverá a Argentina todavía así pierda su trabajo porque, de igual forma "ya aprendió en él lo que tenía que aprender allí".*

El Mate se acaba como se acaba la tarde. El silbido de un vigilante interrumpe una conversación sobre cumbia con Diego, para avisarnos que son las 5:30 de la tarde y que van a cerrar el Jardín. Antes de despedirnos, Rochi mete el termo de agua caliente y el mate en su mochila negra e insiste en regalarnos un "ponqué" a pesar de que no vendió nada en el Jardín; y con su voz un tanto aguda dice antes de hacer reír a su amigo:

–Miráme, yo que critiqué tanto el *hipismo* y ahora vendo *ponqués* para poder pagar mi hostel. Mentira, no importa, ahora abrí mi billetera y conseguí 20 dólares, vamos a comer.